

UN BUEN AMIGO

Sambra luchaba como un condenado para ganarse el pan.

Antes de tomar aquel vagón que le condujo de provincias a la capital, entre lingers y ladrones de oportunidad, Sambra no renegaba mucho de su existencia. La vida le era fácil y todos le querían. Hasta se permitía el lujo de ser bueno.

Cuando llegó a la capital, fué a casa de Pérez, un amigo de la infancia, que capatacaba una cuadrilla del ferrocarril. Le halló distinto. Ahora era Pérez todo un mayordomo, con su horario de trabajo, sus días de descanso y su traje dominguero... Supo más tarde que mantenía una mujer bonita y haragana.

Sambra consiguió trabajo y pudo acomodarse con Pérez. Muy pronto hizo amistades y se captó simpatías. Los amigos de Pérez fueron sus amigos, y les quiso mucho. Pérez oyó las ponderaciones que hacían de Sambra:

—Es un buen amigo, un gran compañero... Se puede confiar en Sambra cualquier cosa... No tree en la maldad de nadie... ¡Qué gran corazón!

Regresaban de la taberna, en la cual Pérez era muy considerado; y, aquellas palabras, parecíanle que le honraban también a él. Sambra era su huésped y habíause criado juntos...

A veces la inexperiencia del recién llegado, choca-

ba con la picardía de los demás trabajadores, pero Sambra era lo suficientemente "vivo" para evitar que le tomaran el pelo.

Frente a frente, la vida y Sambra, se entendían a medias. El nuevo trabajador de ciudad, no comprendía la razón de ciertos egoísmos y de alguna miseria moral que observó.

—Estarán ebrios, solamente así se explican esas maldades... — se dijo.

Y, a cada accidente por el estilo, ponía su razonamiento primitivo e ingenuo.

Poco a poco fué aprendiendo a vivir entre los obreros de la ciudad. Víctima, en muchas oportunidades, de pechazos y préstamos ilevantables, se le fué considerando como el mejor amigo, el más servicial y fiel compañero en los malos trances.

Estalló una huelga y las cosas cambiaron. La lucha se hizo tenaz y terrible. Fué despedido de la cuadrilla en la que trabajaba y la miseria comenzó a gastar las suelas de sus botines.

Con todo, Sambra conservaba el buen corazón de siempre, dadivoso y amable; y la íntima satisfacción de saberse querido por todos.

La miseria fué cerrando el círculo de las posibilidades, hasta el punto de agriar el carácter bondadoso de Sambra.

Un día, alguien le pidió diez centavos para ir a la botica por un remedio:

—Me faltan diez, Sambra, y mi madre necesita el remedio esta noche sin falta. Vos, que sos bueno...

Se los dió, pero estuvo a punto de negarlos. Preocupado pasó un cuarto de hora y no pudo explicarse aquel impulso de negar los diez centavos. Sin ellos, su suerte era más o menos la misma y desprendiéndose de los diez centavos, salvaba quizás la suerte de la infeliz mujer... Pero era poco razonamiento pa-

ra convencerse en seguida... y se horrorizó de que fuese poco aquel argumento para deshacerse de diez miserables centavos... Lo peor del caso, era su convencimiento de que no los había dilado por hacer una caridad, sino para evitarse un reproche de la conciencia.

Vinieron días peores. Para mayor desgracia, Pérez cae enfermo de gravedad con un mal incurable. En el lecho, Pérez parecía otro, así, tan cercano a la muerte como lo hacía Sombra.

—Debes ir a comprar mi puesto, Sombra — le dijo Pérez. — Te arreglas un poco, te pones mi traje de trabajo y listo... Hay poco que trabajar allí, siempre que los fletes sigan caros...

Sombra se puso el traje de Pérez, el sombrero, los zapatos y concurrió al trabajo. Trabajó todo el día y por la noche regresó a casa del amigo para enterarle de la jornada.

—No es pesado el trabajo, pero son muy liaganes los demás. Malas gentes parecen...

Como había pasado hambre los días anteriores, se sentía rendido de cansancio, pero resistió hasta media noche atendiendo a Pérez.

—¡Qué buen amigo sos! Si todos fuesen así, las cosas de los trabajadores andarían mejor.

Sombra repartió el jornal con Pérez, aunque éste no quería tomarle más que una cuarta parte.

Al día siguiente, el médico le aseguró que Pérez saldría del trance muy pronto. La enfermedad tomaba carácter leve y mediante un tratamiento riguroso, Pérez estaría curado.

Por la cabeza de Sombra cruzó una idea que casó sus horas... Cuando le dijeron que la enfermedad era incurable, una extraña alegría envenenó su sangre... Ahora, al oír la sentencia del médico, era otra emoción la suya. Una idea arañaba su cráneo y

no se atrevía, o no podía precisar su intención. Se tornó hosco y huraño. Entraba de mal humor al cuarto de Pérez y miraba a todos con desconfianza.

Pérez sanaría... Y él: ¿qué haría entonces? Con el jornal que sacaba de la suplencia de Pérez, había prometido muchas cosas a una planchadora joven y honita... Pero, si Pérez volvía al trabajo, ¿qué sería de su mujer y de sus proyectos? Ahora, que estaba a un paso de ser feliz, querido por todos como el mejor amigo, ¿qué sería de él si Pérez volvía al trabajo?... Que Pérez no muriese, estaba bien, era justo, era de desear... pero que volviese al trabajo, eso sí no era justo, pues significaba su vuelta a la miseria... Pérez no podía protegerlo. Bastante tenía con su mujer, y le habían asegurado que estaba para dar a luz. El sueldo no daba para más.

La última noche que entró en el cuarto, Pérez le tendió la mano y volvió a repetirle:

—¡Qué buen amigo! Todos dicen lo mismo!

Sambra le miró y halló su rostro mejorado. Indudablemente mejoraba, no cabía duda... y no habría de morir...

Una idea arañó su cráneo y le hizo salir de la pieza. Se sentó en el patio de la casa y le vinieron ganas de soñar despierto. Soñó en sus días futuros, en una casa, con su mujer, la planchadora bonita, a la que prometiera un sinnúmero de dichas, y en la suerte de la ciudad, tan distinta a la del campo.

Bruscamente, pensó después en la miseria y en los malos días de hambre y de zozobra...

Volvió al cuarto de Pérez. Los dos hombres se miraron sin comprenderse. Sambra recorrió con la vista toda la pieza y salió sin decir palabra.

Camino de su casa, volvió a pensar en la miseria. Andando, terminó por pensar en la muerte y una idea cruzó arañando su cráneo. Ya tenía clavada la espi-

na de la maldad. Anduvo. Cruzó barrios de obreros, vió caras miserables, bocas hambrientas, manos inútiles para ganarse el pan. El cuadro le amedrentó y se dijo:

—Si muere Pérez, le voy a suceder.

Después, deseó que Pérez muriese. Lo deseó mucho.

Cuando volvió a ver a su mujer, y a prometerle dichas y holgura, estaba convencido que Pérez moriría al día siguiente...

Y, al día siguiente, Pérez amaneció muerto. Supo la noticia al cruzar el umbral de la casa en que vivía su amigo de la infancia. La casera se acercó y le dijo en voz muy baja:

—Dejó una carta para usted. Ahí la tiene sobre la mesa.

Abrió la carta. Era muy cariñosa, llena de afectos. Le pedía que se hiciese cargo de su mujer, por un tiempo y que trabajase con suerte. Terminaba con un abrazo para "el buen amigo de todos"...

Sambra guardó la carta. Estaba convencido de que su deseo había asesinado al amigo. Con todo, ni la grimeó, ni sintió pena... Antes, se enterneció por cualquier cosa. Era un tonto...

No recordó para nada, la mañana aquella cuando subió al vagón de carga — entre ligeras y forajidos — para venir a la ciudad. Estaba conforme, no tenía necesidad de pensar en el campo, ni en su pueblo. Era un obrero de la ciudad...

Se juntó con la planchadora y cambió de barrio. Se fueron a vivir lejos... Aquellos lugares eran malsanos. Por allí rondaba la miseria...

ENRIQUE M. AMORIM.